

**Daniel Quiroga**

## **Crónica musical**

### **TEMPORADA SINFONICA**

Una vez finalizadas las primeras actuaciones del maestro titular de la Orquesta Sinfónica de Chile, Víctor Tevah, la temporada de conciertos sinfónicos del Instituto de Extensión Musical continuó bajo la dirección del maestro Mario Rossi, director de la Orquesta Sinfónica de la Radio Italiana, quien visitaba nuestro país por primera vez.

En su primer programa, el maestro visitante ofreció un variado panorama de música antigua, romántica y moderna, en que se incluyeron obras de Vivaldi, Frescobaldi, Mendelsohn, Debussy y Ravel, si ordenamos cronológicamente los autores, aunque el programa no los presentó así. El Concerto Grosso op. 3, N.º 11, llamado *L'estro Armónico*, que abrió el concierto, mostró a Rossi como un maestro de refinada sensibilidad, dueño de una batuta clara y segura. La *Pavana para una Infanta Difunta*, de Ravel y dos *Nocturnos* de Debussy, aunque ya muy escuchados en nuestro medio, sirvieron al maestro visitante para obtener una atractiva gama colorística en las sonoridades orquestales de dichas obras. Como primera audición presentó Mario Rossi la versión orquestal de Ghedini, para Cuatro Piezas, de Girolamo Frescobaldi, notable organista del barroco italiano. La versión orquestal está destinada a reproducir la sonoridad del

órgano por medio del acoplamiento de los diversos timbres orquestales, a través de los cuales, la fértil inventiva de Frescobaldi surge con brillantez o tierna expresividad. El concierto finalizó con la *Sinfonía Italiana* op. 90 de Félix Mendelsohn, bella obra que resume las impresiones producidas en la sensibilidad del compositor romántico alemán por la visión de Italia, que visitó entre 1830 y 1831. La versión de Mario Rossi para esta obra acreditó sus innegables dotes de intérprete sutil, mediante una hábil matización y una vivaz animación de los ritmos de danzas populares italianas que sostienen esta sinfonía en un clima de alegría y lirismo magistralmente combinados.

Al presentarse por segunda vez, el maestro italiano ofreció dos primeras audiciones: la Obertura de la ópera de Domenico Cimarosa, *Matrimonio por raggiro* y el *Concierto para piano, percusión y arcos* de Alfredo Casella. En la primera obra se hizo presente la vena chispeante, la gracia y liviandad que caracterizan el estilo del autor de *Il matrimonio segreto*. Esta obertura, como todas las de su época, resume los temas principales de la ópera, y como tales, los hay de diverso carácter, todos los que el fértil autor italiano supo ensamblar con maestría. El estreno de la obra de Alfredo Casella, desaparecido autor contemporáneo italiano, mostró a esta interesante figura del que podría llamarse renacimiento de la música instrumental italiana del siglo XX, como un autor adherido a la corriente neoclasicista. Debe entenderse por esto el deseo de reunir la técnica de composición actual, con sus avances en las combinaciones armónicas, rítmicas e instrumentales, a los modelos tradicionales de la música orquestal italiana, de los cuales el Concerto Grosso es el que se advierte reflejado en la obra que nos ocupa. Este concierto para piano, percusión y arcos, alterna los diferentes elementos en una escritura concertante, pero sin que pueda entregar una personalidad estilística acentuada, como en otras obras del notable músico italiano. El programa incluyó una versión notable de los *Preludios Dramáticos*, de Domingo Santa Cruz, en que el compositor chileno vuelve a un lenguaje postromántico, tenso y siempre expresivo, además de la Sin-

fonía N.º 4, en do menor, *Trágica*, de Schubert y de la grandilocuente obertura de *Tannhauser*, que cerró brillantemente el concierto al ser realizada con extremado sentido musical por el maestro visitante.

En el tercer concierto, Mario Rossi presentó dos estrenos de música italiana: la obertura de la ópera *La Cenicienta*, de Rossini, y el *Concierto del Albatrós* del compositor contemporáneo Giorgio Ghedini, autor que pertenece como Casella, al movimiento de recuperación de la música orquestal italiana que se produjo en este siglo ante los excesos del operismo verista que había desfigurado la tradición musical de Italia. La obertura de Rossini fué vertida con entero dominio de su agradable temática y de su brillante ropaje orquestal. En la obra de Ghedini se hizo presente un músico que mediante recursos modernos, aunque no de avanzada, combina la voz de un recitante a la ambientación del conjunto instrumental, en el desarrollo de un texto literario de Hermann Melville. El barítono Jenaro Godoy colaboró eficientemente como recitante del texto y la Orquesta Sinfónica, tratada en grupos solísticos, dió una versión muy estimable de esta obra, dentro del clima armónico, apacible y la escasa variación de su intensidad discursiva, que se hicieron presente a través de los cinco movimientos. Un número de excepcional calidad en este concierto fué el concierto para oboe y orquesta, de Domenico Cimarosa, en que actuó como solista Adalberto Clavero, primer oboe de la Sinfónica de Chile. La belleza melódica de esta obra, en que el músico italiano se presenta como un refinado cultor del estilo concertante, fué vertida en forma por demás brillante por el destacado instrumentista, quien expuso su parte con diáfana calidad de sonido y un bien orientado criterio interpretativo. El maestro Rossi cerró este programa de despedida, con una briosa interpretación de la obertura de la ópera *La Fuerza del Destino*, de Verdi, cuya grandilocuencia operática es superior, notoriamente, a lo que la calidad intrínseca de los temas puede ofrecer a un auditorio de conciertos. Finalizó así su actuación el maestro Rossi, en medio del entusiasta aplauso del público, quien reconoció en él a un músico fino y sensitivo, que supo



obtener muy buenos resultados durante su actuación frente a la Sinfónica de Chile.

En el concierto siguiente, noveno de la temporada, reapareció el maestro Víctor Tevah, después de haber actuado con singular éxito de crítica y público en cinco conciertos realizados en Buenos Aires y Montevideo, capitales a las que concurrió como maestro invitado. El programa incluyó dos obras de Mozart, la obertura de la ópera *Las Bodas de Fígaro* y el *Concierto en Si Bemol K. V. 595*, en que actuó como solista la pianista Giocasta Corma. Ambas composiciones fueron realizadas en forma sobresaliente por el conjunto orquestal. La solista puso de manifiesto sus reconocidas dotes de fina musicalidad y bello sonido. En primera audición se ofrecieron las *Cuatro Danzas para Orquesta*, del compositor chileno Carlos Riesco joven autor que actualmente reside en Europa donde ha seguido estudios de perfeccionamiento con destacados maestros. Estas Cuatro Danzas lo señalan como un músico en camino de mejores realizaciones, pero en ellas se hacen evidentes sus preocupaciones de orden técnico-orquestal, que se resumen en un ropaje sonoro brillante y atrayente, con preferencia a las de orden expresivo e incluso al relieve y trabajo temático. Como último número se presentó la suite de Mussorgsky *Cuadros de una Exposición* en la orquestación de Ravel, que fué realizada con vigor y brillo por el maestro Tevah.

El concierto siguiente presentó al violinista chileno Pedro D'Andurain, en la responsabilidad de solista en el estreno del concierto para violín de Igor Stravinsky. Se trata de una de las obras más exigentes del repertorio violinístico, al combinar —con la maestría característica en el eminente compositor— la riqueza extraordinaria de su inventiva rítmica, con el equilibrio de las formas derivadas de un empleo renovado de los moldes formales del barroco. El resultado obtenido por Stravinsky representa no sólo una obra que pone a prueba la virtuosidad del ejecutante, que fué salvada en forma brillantísima por D'Andurain, sino la madurez musical del intérprete, al enfrentarle con problemas de interpretación que sólo músicos de grandes facultades pueden afrontar con éxito. El programa se com-

pletó con la Suite en Estilo Antiguo del maestro chileno Enrique Soro, que fué realizada con la acostumbrada eficiencia por el maestro Tevah y una versión enérgica, tal vez demasiado, de la Sinfonía N.º 92 en Sol Mayor de Haydn, llamada *Oxford*, cuya estructura se vió ocasionalmente dañada por crudezas en la sonoridad del conjunto.

El programa siguiente contó con la colaboración del distinguido arpista Nicanor Zabaleta, quien volvió a actuar en Chile después de largos años de ausencia. El distinguido intérprete tuvo a su cargo tres obras para arpa y conjunto instrumental, de las cuales dos se presentaron en primera audición. El estreno del concierto de la compositora francesa Germaine Tailleferre, nos puso en presencia de una obra fresca, liviana, de ágil rítmica aunque su mensaje sea frecuentemente poco personal y se hagan evidentes sus aproximaciones a rasgos de estilo fuertemente individualizados ya. Un concierto para arpa de Reinhold Gliere, nos entregó una especie de Rachmaninov, con lánguidos y extensos desarrollos melódicos y repeticiones tan obvias y desmesuradas, que diluyen no sólo el interés despertado por la parca belleza temática, sino hasta la mera paciencia del auditor, que puede prever, con toda facilidad, cual será el próximo desarrollo temático después de enunciado el primer tema. Una versión excelente del concierto de Haendel para arpa y orquesta permitió a Zabaleta completar un trabajo de notable relieve en este concierto de gran responsabilidad para el solista, en el que sus cualidades interpretativas y técnicas fueron sometidas a dura prueba. También en primera audición se presentó una sinfonía de Karl Ditters von Dittersdorff, autor alemán que pertenece a la escuela de compositores alemanes que inician el cultivo y formación del estilo sinfónico, en los albores del clasicismo. La obra, de tranquilo y transparente contorno formal, resume los elementos formales y expresivos que caracterizan esa etapa de transición entre el barroco y el clasicismo. Su interpretación fué llevada con acierto por el maestro Tevah.

En el concierto siguiente apareció ante el público el maestro alemán Hans Schmidt-Isserstedt, director de la Orquesta Sinfónica de la Radiodifusión de Hamburgo, quien visitaba Chile también por

primera vez. Desde su primer programa, Hans Schmidt-Isserstedt se mostró como el maestro a quien se ha señalado con justicia en Europa entre las primeras batutas actuales. Presentó en el primer concierto la Sinfonía N.º 96, en re mayor, de Joseph Haydn, que realizó con un rendimiento sorprendente en cuanto a calidad sonora y ductilidad del conjunto, si se considera que un primer programa es siempre difícil para un director extranjero. Luego se estrenaron *Tres Danzas Sinfónicas*, de Paul Hindemith, en que el notable compositor alemán no logra desprender su estilo de una imitación demasiado notoria de los recursos orquestales del *Mathis der Mahler*, hasta ahora la obra cumbre de este autor. Por esta cualidad refleja más que por su escasa variedad rítmica y modesta calidad temática, estas danzas entregan sólo en parte reducida el talento reconocido del gran compositor alemán. Terminó el concierto con una versión de la Sinfonía N.º 5, de Beethoven, en do menor, que el maestro Schmidt-Isserstedt realizó con mucha propiedad estilística.

En el concierto siguiente la batuta volvió a manos de Víctor Tevah, quien junto al coro de la Universidad de Chile, que dirige Marco Dusi, la Orquesta Sinfónica de Chile y los solistas Victoria Espinoza, Elba Fuentes, Hernán Wurth y Jenaro Godoy, ofrecieron una sobresaliente versión del oratorio *El Mesías*, de Federico Haendel, obra que no se repetía entre nosotros desde hacía varios años. Sorprendió en esta versión el progreso experimentado por el coro de la Universidad de Chile, cuya labor se vió considerablemente mejorada en todo aspecto artístico, junto a una calidad vocal singularmente cuidada. Los solistas mantuvieron sus partes con dignidad y asimismo la conducción del maestro Tevah dió a la obra su contorno grandioso e imponente.

El viernes siguiente el maestro Hans Schmidt-Isserstedt dirigió obras de Brahms, Petrassi y R. Strauss. Una versión poco atrayente de la sinfonía del maestro hamburgués dejó la evidencia de que el maestro visitante se preocupó más de la exactitud métrica que de destacar la emotividad que encierra la compleja forma del sinfonista alemán. Luego, fué escuchado en estreno el *Concierto para Orquesta*



de Gofredo Petrassi, obra que muestra al talentoso compositor italiano en un logrado trabajo de combinación instrumental en estilo concertante cuyo ancestro se remonta al Concerto Grosso, de la Italia del 1600. Por último, el público se sintió impresionado ante una sobria pero intensa versión del poema sinfónico de Richard Strauss *Muerte y Transfiguración*, en que el maestro Hans Schmidt-Isserstedt obtuvo del conjunto sinfónico un rendimiento muy eficaz en la obtención de sus personales objetivos interpretativos.

Prosiguiendo su trabajo, el maestro alemán ofreció en el tercer programa, primeramente y como estreno, la Sinfonía N.º 4 para cuerdas, de Karl Amadeus Hartmann compositor alemán nacido en 1905, y cuyo lenguaje sigue de cerca el convulsionado idioma del Schoenberg atonal, aunque sin la potencia expresiva de éste y sí con mucho de forzada angustia e insistencia en determinados recursos sonoros en busca de una dramaticidad mas bien exterior. La orquesta sinfónica, en su sección cuerdas, no siempre fué afortunada en la realización de su difícil textura. Cinco canciones para mezzo soprano y orquesta, de Gustav Hahler, presentaron nuevamente a la cantante chilena Inés Pinto, de regreso al país. Su voz, un tanto pequeña de volumen frente a la exigencia sonora de la obra, supo, no obstante, suplir aquella debilidad con el uso inteligente de sus medios, enriquecidos por un temperamento musical refinado. El concierto finalizó con una versión sobresaliente de la Sinfonía en Do Mayor de Franz Schubert, de la cual el maestro Schmidt-Isserstedt logró, en varias oportunidades hacer olvidar el apodo de "celestialmente larga" con que la denominaron sus contemporáneos, exaltando en ella lo mejor de su lirismo.

El último concierto del maestro Schmidt-Isserstedt presentó también a otra solista chilena, la notable pianista Flora Guerra, quien actuó como solista en el concierto para piano del compositor chileno Juan Orrego Salas. Esta obra, que ha sido ejecutada con éxito en Europa y América, muestra a su autor en uno de sus mejores momentos creadores, en que la vitalidad de su lenguaje musical exalta lo virtuosístico del piano y lo enlaza con talento a una estructura sin-

fónica que constantemente muestra una faz atrayente, dinámica y colorida. Antes de este concierto se ofreció una versión algo fría de la Sinfonía N.º 41 en do mayor, llamada *Júpiter*, de Mozart, mucho de cuyo romanticismo en ciernes, no llegó a ser entregado al auditorio. Finalmente, y realizando la mejor interpretación de todos sus programas, el maestro Schmidt-Isserstedt entregó una versión magnífica de la Sinfonía N.º 5 del *Nuevo Mundo*, de Dvorak, en que la Sinfónica de Chile, tanto individual como colectivamente, logró un plano de excelencia inobjetable. El público premió calurosamente al notable maestro alemán al finalizar su temporada de conciertos sinfónicos.